



CUENTOS DE TERROR



CUENTOS DE TERROR

EDGAR ALLAN POE

Traducción y prólogo
Gabriela Bustelo





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© de la traducción: Gabriela Bustelo, 2007, 2018

Para los cuentos «El escarabajo de oro», «La caída de la Casa Usher», «Los crímenes de la calle Morgue», «El misterio de Marie Rogêt», «La carta robada», «El retrato oval», «Manuscrito hallado en una botella», «El gato negro», «El tonel de amontillado», «El entierro prematuro», «El sistema del doctor Tarr y el profesor Fether», «El pozo y el péndulo», «El hombre de la multitud» y «Sombra. Una parábola»:

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Para «El corazón delator», «La máscara de la muerte roja», «Berenice», «Ligeia» y «William Wilson»:

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Austral: abril de 2011

Primera en esta presentación: octubre de 2026

Depósito legal: B. 13.458-2026

ISBN: 978-84-670-8392-7

Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN de Gabriela Bustelo	9
--	---

CUENTOS

El escarabajo de oro	17
La caída de la Casa Usher	59
Los crímenes de la calle Morgue	81
El misterio de Marie Rogêt	119
La carta robada	175
El retrato oval	197
Manuscrito hallado en una botella	201
El gato negro	215
El tonel de amontillado	227
El entierro prematuro	235
El sistema del doctor Tarr y el profesor Fether	251
El pozo y el péndulo	271
El hombre de la multitud	289
Sombra. Una parábola	301
El corazón delator	305
La máscara de la muerte roja	313
Berenice	321
Ligeia	333
William Wilson	351

EL ESCARABAJO DE ORO

¡Qué cosa! ¡Qué cosa! ¡Este hombre está loco de atar!
Le ha picado la Tarántula.

*Todo al revés*¹

Hace muchos años trabé una buena amistad con un señor llamado William Legrand. Pertenecía a una rancia familia hugonote y en tiempos había sido rico, pero una serie de infortunios le habían reducido a la miseria. Para evitar la vergüenza consecuente de sus desgracias, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y se instaló en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es muy particular. Consiste en poco más que la arena del mar y mide unos cinco kilómetros de largo. Su ancho no excede en ningún punto de un cuarto de kilómetro. Está separada del continente por un arroyo apenas visible que se abre camino entre una maleza de juncos y limo donde suele abundar la gallareta. La vegetación, como era de suponer, es escasa o al menos raquítica. No se ven árboles de cierta magnitud. Cerca del extremo occidental en que se alza el fuerte Moultrie —donde hay unas casetas miserables ocupadas en verano por quienes huyen del polvo y la fiebre de Charles-

¹ El epigrama citado por Poe pertenece a la obra *All in the Wrong* de Charles Dibdin. (*N. de la T.*)

ton—, incluso crece el espinoso palmito; pero la isla entera, a excepción de esta punta occidental y una franja de playa de dura arena blanca, está cubierta de una espesa capa del dulce arrayán que tanto aprecian los hortelanos de Inglaterra. El arbusto a menudo alcanza aquí una altura de cinco o seis metros y forma un matorral casi impenetrable que colma el aire con su fragancia.

En los recovecos más profundos de este matorral, no lejos del lado oriental y más aislado de la isla, Legrand se había construido una pequeña cabaña que ocupaba cuando yo, por pura casualidad, le conocí. Pronto floreció la amistad, pues en aquel ermitaño había mucho capaz de inspirar el interés y la estima. Me pareció bien educado, con una inteligencia excepcional, pero afectado por la misantropía y sujeto a unos tremendos cambios de humor que alternaban el entusiasmo y la melancolía. Tenía consigo muchos libros, pero apenas hacía uso de ellos. Sus pasatiempos principales eran cazar y pescar, o pasear por la playa y entre los arrayanes buscando conchas o especímenes entomológicos; su colección de estos últimos habría sido la envidia del mismísimo Swammerdam². En estas excursiones le solía acompañar un viejo negro llamado Júpiter, manumitido antes de que empezaran los reveses de la familia, pero a quien no lograron convencer, con amenazas ni promesas, de que abandonara lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven amo, el *jeñó Will*. No es improbable que los parientes de Legrand, quienes le tenían por algo desequilibrado, se las hubieran arreglado para inculcar esta obstinación en Júpiter, con miras a la supervisión y vigilancia del trotamundos.

Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan no suelen ser muy duros y aun en el otoño del año es todo un acontecimiento que se considere necesario hacer un fuego. Hacia mediados de octubre de 18— tuvo lugar, sin embargo, un día de

² Jan Swammerdam (1637-1680), naturalista y biólogo holandés, primero en describir los glóbulos rojos sanguíneos y dueño de una de las mejores colecciones de preparaciones microscópicas existentes en la época. (*N. de la T.*)

un frío sorprendente. Poco antes de ponerse el sol me abrí paso entre las ramas de perpetua hasta la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado en varias semanas; vivía yo por aquel entonces en Charleston, a quince kilómetros de distancia de la isla, siendo las posibilidades de ir y volver mucho menores que las de hoy en día. Al llegar a la cabaña llamé con los nudillos como tenía por costumbre y al no obtener respuesta busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un fuego magnífico ardía en la chimenea. Aquello era una novedad, y en absoluto desagradable. Me quité el abrigo, acerqué un sillón a los troncos encendidos y esperé pacientemente la llegada de mis anfitriones.

Vinieron poco después de anochecer y me saludaron con gran cordialidad. Júpiter, sonriendo de oreja a oreja, iba de aquí para allá preparando unas gallaretas para la cena. Legrand pasaba por uno de sus arrebatos —¿qué otra cosa podría llamarlos?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido, que constituía un nuevo género y, más aún, había perseguido y atrapado, con la ayuda de Júpiter, un *scarabaeus*³ que consideraba un absoluto descubrimiento, pero respecto al cual quería saber mi opinión por la mañana.

—¿Y por qué no esta misma noche? —pregunté frotándome las manos ante las llamas mientras en silencio mandaba toda la tribu de *scarabaei* al diablo.

—Ay, ¡si hubiera sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero con el tiempo que hace que no le veo, ¿cómo iba a imaginar que iba a venir de visita esta noche precisamente? De vuelta a casa me he encontrado con el teniente G—, del fuerte, y muy neciamente le he prestado el bicho; así que será imposible que usted lo vea antes de mañana por la mañana. Quédese aquí esta noche y mandaré a Jup a buscarlo al amanecer. Es lo más bonito del mundo.

³ Si en inglés el uso de términos latinos es frecuente, en español resulta forzado. Para evitar la repetición de *scarabaeus*, procede emplear el término científico «escarabeido» derivado del mismo. (*N. de la T.*)

—¿Qué, el amanecer?

—¡Vaya bobada! No, el bicho. Es de color oro brillante, como del tamaño de una nuez de nogal grande, con dos manchas negras como el azabache cerca de un extremo del dorso, y otra, algo más larga, en el otro. Las antenas⁴ son...

—No tiene ni una pijca de hoalata, jeñó Will, ya se lo tengo dicho —interrumpió Júpiter—. Eje bicho e un bicho de oro puro, de arriba abajo, por dentro y todo, meno la ala. En la vida he vijto un bicho que peje ni la mitad que éje.

—Pues creo que es verdad, Jup —contestó Legrand con mayor seriedad, a mi entender, de la que el caso requería—. Pero ¿es motivo para que dejes que se quemén esos pájaros? El color —aquí se volvió hacia mí— casi basta para respaldar la idea de Júpiter. Nunca se ha visto un brillo metálico tan lustroso como el que emiten los élitros, pero esto no lo podrá usted comprobar hasta mañana. De momento, puedo darle una idea de su forma.

Mientras decía esto se sentó ante una mesilla donde había pluma y tinta, pero no papel. Buscó en un cajón, pero no encontró.

—No importa —dijo al fin—. Esto servirá.

Y sacó del bolsillo del chaleco un pedazo de lo que me pareció un pliego muy sucio, y dibujó en él un tosco esbozo con la pluma. Mientras lo hacía yo conservé mi asiento junto al fuego, ya que seguía notando el frío. Una vez estuvo terminado el dibujo, me lo pasó sin levantarse. Acababa de recibirlo cuando se oyó un fuerte rugido, seguido de unos arañazos en la puerta. Júpiter la abrió y entró apresuradamente un enorme

⁴ En las traducciones de este cuento se suele mantener erróneamente la palabra *antennae* original, en latín, debido a que Poe la escribió en cursiva. En inglés, idioma que conserva un enorme número de palabras latinas, el plural de «antenna» (antena) es «antennae», así que lo correcto es traducirlo simplemente por «antenas». Por otra parte, Júpiter confunde la segunda sílaba de «antennae» con «tin», estaño u hojalata, juego de palabras que se pierde forzosamente en la traducción que, por cierto, pretende ser un remedo del acento sureño característico de los estados meridionales del país. (*N. de la T.*)

terranova, perteneciente a Legrand, que me saltó a los hombros y me cubrió de caricias, pues yo le había hecho mucho caso en anteriores visitas. Una vez terminados sus brincos miré el papel, y, a decir verdad, me quedé no poco asombrado ante lo que mi amigo había retratado.

—¡Vaya! —dije tras contemplarlo durante unos minutos—. Pues sí que es un escarabeido extraño, debo confesarlo. Me es desconocido, nunca he visto nada igual, a no ser que se trate de un cráneo, o una calavera, a la que se asemeja más que nada que yo haya podido ver.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. Ah, sí, bueno, sobre el papel tiene un cierto parecido, sin duda. Las dos manchas negras superiores son como ojos, ¿verdad?, y la larga de abajo como una boca, y, además, la forma general es ovalada.

—Puede ser —dije yo—, pero, Legrand, me temo que usted no sea precisamente un artista. Debo esperar a ver el escarabajo auténtico, para poder hacerme una idea de su aspecto.

—Pues no sé —dijo él, algo molesto—. Dibujo medianamente bien, o al menos debería; he tenido buenos maestros, y no me estimo un perfecto zoquete.

—Pero, mi querido amigo, entonces está usted de broma —dije yo—. Éste es un cráneo muy pasable; de hecho, diría que es un cráneo verdaderamente excelente, conforme a la noción vulgar de dichas piezas anatómicas, y su escarabeido debe de ser el escarabeido más raro del mundo si se le parece. Mire, si hasta podemos dar lugar a una superstición llena de misterio a partir de este detalle. Me imagino que usted llamará al bicho *scarabaeus caput hominis*, o algo por el estilo; hay muchas denominaciones semejantes en los libros de Historia Natural. Pero, ¿dónde están las antenas de que hablaba usted?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía estarse acalorando inexplicablemente al tratar el asunto—. Sin duda tiene que poder ver las antenas. Las he dibujado tan nítidas como lo son en el insecto original, y supongo que con eso es suficiente.

—Bueno, bueno —dije—, puede que sí, pero yo no las veo.

Y le di el papel sin más comentarios, para no empeorar su humor, pero estaba muy sorprendido con el cariz que habían tomado los acontecimientos. El mal genio de Legrand me desconcertaba y, en cuanto al dibujo del escarabajo, claramente no había ninguna antena visible y el conjunto sí tenía una semejanza verdaderamente enorme con los rasgos corrientes de una calavera.

Legrand aceptó el papel de muy mala gana, y estaba a punto de arrugarlo, sin duda con intención de arrojarlo al fuego, cuando un vistazo fortuito al boceto pareció captar de golpe su atención. En un instante la cara se le puso muy roja, y al siguiente excesivamente pálida. Pasó unos minutos escudriñando minuciosamente el dibujo sin moverse de donde estaba sentado. Por fin se levantó, cogió un candelabro de la mesa y procedió a sentarse encima de un cofre en el rincón más apartado de la habitación. Allí volvió a hacer un examen ansioso del papel, dándole vueltas en todas direcciones. No dijo nada, sin embargo, y su conducta me dejó verdaderamente atónito, aunque me pareció prudente no exacerbar su creciente mal humor con algún comentario. Poco después sacó del bolsillo de la chaqueta una cartera, guardó el papel dentro cuidadosamente y depositó ambos en un escritorio, que cerró. Entonces fue serenando su conducta; pero su anterior aire de entusiasmo había desaparecido por completo. Mas no parecía estar tan arisco como absorto. Al ir pasando la velada se fue sumiendo cada vez más en su ensimismamiento, del que ninguna de mis ocurrencias logró sacarle. Tenía la intención de pasar la noche en la cabaña, como había hecho en tantas ocasiones anteriores, pero, al ver a mi anfitrión con semejante ánimo, juzgué más apropiado marcharme. Él no insistió para que me quedara, pero, al despedirse, me dio la mano con una cordialidad incluso mayor de la habitual.

Sería en torno a un mes después (intervalo en el que yo no había vuelto a ver a Legrand) cuando recibí una visita en Charleston de su criado, Júpiter. Nunca había visto al buen anciano

negro con un aspecto tan abatido, y temí que mi amigo hubiera sufrido algún contratiempo serio.

—Bien, Jup —dije—. ¿Qué sucede ahora? ¿Cómo está tu amo?

—Pue, a dejir verdad, jeñó, no tan bien como podería ejtar.

—¿No? Siento mucho saberlo. ¿Y qué dice tener?

—Ahí ejtá, ejo e lo malo. Nunca je queja de na, pero ejtá muy enfermo, lo diga o no.

—¡Muy enfermo, Júpiter! ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Tiene que guardar cama?

—¡No, ejo no! No ejtá en ningún lao, ejo e lo que me da mala ejpina. Me tiene muy preocupao el amo Will.

—Júpiter, quisiera entender lo que estás diciendo. Dices que tu amo está enfermo. ¿Él no te ha dicho qué le aflige?

—Mire, jeñó, no jirve de na enfadarje, el jeñó Will dije que no le paja na de na, pero, entonje ¿por qué anda mirando ají y ajá, con la cabeza gacha y lo hombro pa arriba y blanco como la leche? Y va con un chijme siempre...

—¿Va con qué, Júpiter?

—Con un chijme con uno número en una pijarra, lo número má raro que he vijto en mi vida. Le digo que me da hazta miedo. No le puedo quitar lo ojo de encima ni un minuto. El otro día je me ejcapó ante de jalir el jol y pajó fuera tol bendito día. Ya tenía yo un palo grande cortao y lijto para darle una buena tunda al llegar, pero joy tan tonto que no tuve agalla al final, de tan pachucho que parejía.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Ah, sí! Visto lo visto, creo que no debes ser demasiado severo con el pobre muchacho. No lo azotes, Júpiter, no tendrá fuerzas para soportarlo. Pero ¿no se te ocurre qué puede haberle ocasionado esta enfermedad, o más bien este cambio de conducta? ¿Ha ocurrido algo desagradable desde la última vez que le vi?

—No, jeñó, no ha pajao nada malo dejde entonje, ej de ante, me temo, del mijmo día que vino ujté.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Pue, jeñó, e lo del bicho, nada má.

—¿El qué?

—El bicho. Ejtoy jeguro que al jeñó Will le ha picao pol la cabeza eje bicho de oro.

—¿Y qué motivos tienes, Júpiter, para semejante suposición?

—Tiene pincho de jobra, jeñó, y diente también. Jamá he vijto un bicho tan malo, da con la pata y muerde to lo que tiene jerca. El jeñó Will lo cogió el primero, pero tuvo que joltarlo otra vej má que deprija, jabe, entonje jería cuando le picó. Lo que ej a mí, no me gujtaba la pinta la boca del bicho, ni hablá, y no quería cogerlo con lo dedo, pero lo cogí con un trojo papel que encontré. Lo metí dentro el papel y le tapé la boca con un trojo, ají fue.

—¿Y crees, entonces, que a tu amo le picó en efecto el escarabajo y que la picadura le ha hecho enfermar?

—No e que yo lo pienje, jeñó. Lo jé. ¿Por qué iba a joñá tanto con oro jino porque le ha picao el bicho de oro? Yo ya oído hablá de lo bicho de oro ante de aora.

—Pero, ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Que cómo lo jé? Pue porque habla dormido, por ejo lo jé.

—En fin, Jup, puede que tengas razón; pero ¿a qué afortunada circunstancia debo el honor de tu visita hoy?

—¿Cómo dije, jeñó?

—¿Me traes algún recado del señor Legrand?

—No, jeñó, le traigo ejta píjtola.

Y Júpiter me entregó una nota que decía así:

Mi querido—:

¿Por qué hace tanto que no le veo? Espero que no haya cometido la insensatez de ofenderse por alguna pequeña *brusquerie* mía. Pero no; eso es improbable.

Desde la última vez que le vi he tenido sobrados motivos de inquietud. He de decirle algo, pero no sé cómo, y ni siquiera si debería decírselo.

No me he encontrado bien estos últimos días, y el bueno de Jup me incordia hasta más no poder con sus mejores inten-

ciones. ¿Querrá usted creerlo? El otro día tenía preparado un palo enorme para castigarme por escapar y pasar un día a solas en el monte, en tierra firme. Sinceramente creo que sólo mi mal aspecto me libró de una paliza.

No he añadido nada a mi colección desde que nos vimos.

Si de ninguna manera le supone un trastorno, venga usted con Júpiter. Le ruego que venga. Me gustaría verle esta misma noche, por un asunto relevante. Le aseguro que es de la mayor importancia.

Suyo afectísimo,

WILLIAM LEGRAND

Había algo en el tono de esta carta que me llenó de inquietud. Todo su estilo era completamente distinto del de Legrand. ¿Qué andaría soñando? ¿Qué nuevo antojo se había poseído de su inquieto cerebro? ¿Qué «asunto de la mayor importancia» podía traerse entre manos? La descripción que daba Júpiter de él no presagiaba nada bueno. Temí que el incesante peso del infortunio hubiera hecho perder por completo la razón a mi amigo. Sin un atisbo de duda, por tanto, me dispuse a acompañar al negro.

Al llegar al muelle vi una guadaña y tres palas, todas con aspecto nuevo, en el fondo del bote donde íbamos a embarcar.

—¿Qué significa todo esto, Jup? —indagué.

—Ejo, una guadaña y tre pala.

—Muy cierto; pero ¿qué hacen aquí?

—Son la guadaña y la pala que el jeñó Will me manda comprar en la jiuudad, y un dinero del demonio que he tenío que pagá por ella.

—Pero, en el nombre de todos los misterios, ¿qué va a hacer tu ‘jeñó Will’ con las guadañas y palas?

—Ejo e lo que no jé yo, y que me lleve el diablo ji lo jabe él. Pero e to por lo del bicho.

Viendo que ninguna aclaración iba a obtener de Júpiter, cuyo pensamiento parecía totalmente ocupado por «el bicho», me subí al barco y zarpamos. Con una brisa recia y persistente, enseguida entramos en la pequeña cala al norte del fuerte

Moultrie, y un paseo de unos tres kilómetros nos llevó hasta la cabaña. Serían las tres de la tarde cuando llegamos. Legrand nos había estado aguardando lleno de ansiedad. Me tomó la mano con un *empressement* nervioso que me preocupó y aumentó las sospechas previas. Tenía el semblante tan pálido que estaba mortecino, y sus ojos hundidos brillaban con un resplandor anormal. Tras hacerle varias preguntas sobre su salud, le pregunté, sin saber bien qué decir, si ya había recobrado el escarabeido del teniente G—.

—Ah, sí —respondió, enrojeciendo bruscamente—. Me lo devolvió a la mañana siguiente. Nada podrá separarme de ese escarabeido. ¿Sabe usted que Júpiter tenía toda la razón en cuanto a él?

—¿En qué sentido? —pregunté, con un aciago presentimiento.

—¡Al decir que es un bicho de oro puro!

Manifestó aquello con un aire de profunda seriedad, cosa que me produjo un asombro inenarrable.

—Este bicho me hará rico —continuó con una sonrisa triunfal—, y me devolverá las posesiones de mi familia. ¿Le extraña, pues, que lo valore tanto? Ya que la Fortuna ha tenido a bien otorgármelo, sólo tengo que emplearlo adecuadamente y llegaré al oro del que es índice. ¡Júpiter, tráeme el escarabeido!

—¿Qué? ¿El bicho, jeñó? Yo no quiero tener na que ver con eje bicho. Mejor que lo coja ujté mijmo.

Al momento Legrand se levantó con aire grave y majestuoso, y me trajo el escarabajo, sacándolo de una caja de cristal donde estaba guardado. Era un escarabeido hermoso, en aquel entonces desconocido para los naturalistas, un genuino hallazgo desde el punto de vista científico. Tenía dos manchas negras y redondas cerca de un extremo del dorso, y una alargada cerca del otro. Los élitros eran sumamente duros y brillantes, con todo el aspecto del oro bruñido. El peso del insecto era verdaderamente notable y, entre unas cosas y otras, no podía reprochar a Júpiter su opinión al respecto; pero en cuanto a

entender la conformidad de Legrand con dicha opinión, me sentía, a todas luces, incapaz.

—Le he mandado llamar —dijo con tono grandilocuente cuando terminé mi examen del bicho— para pedirle consejo y ayuda en dilucidar los designios del Destino y del bicho...

—Mi querido Legrand —exclamé, interrumpiéndolo—, es evidente que usted no está bien y le convendría tomar ciertas precauciones mínimas. Deberá meterse en la cama, y yo me quedaré con usted unos días, hasta que se recupere de esto. Tiene algo de fiebre y...

—Tómeme el pulso —dijo él.

Lo hice y, a decir verdad, no noté la menor indicación de fiebre.

—Pero puede estar enfermo y no tener fiebre. Permítame por una vez hacerle una recomendación. En primer lugar, métase en la cama. Lo siguiente...

—Se equivoca usted —interrumpió—. Estoy todo lo bien que cabría suponer en el estado de nervios que padezco. Si realmente me quiere bien, intentará aliviarme de ello.

—¿Y eso cómo ha de hacerse?

—Es muy sencillo. Júpiter y yo vamos a hacer una expedición al monte, a tierra firme, y para ello requeriremos la ayuda de una persona que sea de fiar. Usted es el único en quien podemos confiar. Tanto si triunfamos como si no, la agitación que ahora observa en mí se apaciguará de igual manera.

—Deseo complacerle por encima de todo —respondí—, pero ¿está usted diciendo que este escarabajo infernal está relacionado con su expedición al monte?

—Así es.

—Entonces, Legrand, no puedo tomar parte en tan absurdo propósito.

—Lo siento, lo siento mucho, pues tendremos que intentarlo nosotros solos.

—¡Intentarlo solos! ¡Este hombre está loco! ¡Pero espere! ¿Cuánto tiempo piensa estar fuera?

—Probablemente toda la noche. Nos pondremos en marcha inmediatamente y habremos vuelto, pase lo que pase, al amanecer.

—¿Y me promete por su honor que cuando se le pase este antojo y el asunto del bicho (¡santo Dios!) quede resuelto a su entera satisfacción, volverá a casa y seguirá mis consejos al pie de la letra, como si fuera su médico?

—Sí, lo prometo; y ahora vámonos, pues no hay tiempo que perder.

Con todo el dolor de mi corazón, acompañé a mi amigo. Salimos sobre las cuatro, Legrand, Júpiter, el perro y yo. Júpiter iba con la guadaña y las palas, que insistió en llevar todas él, más por temor a dejar cualquiera de los utensilios al alcance de su amo, me pareció a mí, que por exceso de afán o complacencia. Tenía un aspecto muy alicaído, y «ese maldito bicho» fue lo único que salió de sus labios en todo el viaje. En cuanto a mí, me habían confiado un par de linternas sordas, mientras Legrand se daba por contento con el escarabeido, que llevaba atado a la punta de una tralla y balanceaba aquí y allí conforme andaba, con aires de mago. Al contemplar esta última y clara prueba de la demencia de mi amigo, apenas pude contener las lágrimas. Juzgué preferible, sin embargo, seguirle la corriente, al menos por el momento, hasta poder adoptar medidas más enérgicas con alguna posibilidad de éxito. Mientras tanto procuré, y no pude, sonsacarle en cuanto a la finalidad de la expedición. Habiendo logrado inducirme a acompañarle, parecía reacio a mantener una conversación sobre cualquier asunto trivial, y a todas mis preguntas no daba otra respuesta que: «¡Ya veremos!».

Cruzamos el arroyo de la punta de la isla con un esquife, y ascendiendo por las tierras altas avanzamos a orillas del continente en dirección nordeste, por un trecho de terreno extremadamente salvaje y desolado, donde no se veía ni rastro de una pisada humana. Legrand abría paso con decisión, deteniéndose sólo un instante aquí y allá, para consultar lo que parecían ser puntos de referencia que habría dejado él mismo en una anterior ocasión.